

## OTRA A POSIDONIO (\*)

DESDE EL CASTILLO DE BELLVER.

Dudas ? la desconoces ? De tu amigo  
 Esta la letra es ; la cara letra ,  
 Ó Posidonio , un tiempo tan preciada  
 De tu amistad , y con tan vivo anhelo  
 Deseada y leida . Estos sus rasgos  
 Son , mal formados ; pero siempre fieles  
 Intérpretes de fé y amistad pura .  
 Lee , y tu tierno corazon reciba  
 De ellos algun solaz . Lee ; la envidia  
 Borrarlos quiere en vano : en vano intenta ,  
 La péñola rompiendo , en duros hierros  
 Mi mano encadenar , pues sus esposas  
 La amistad quebrantó , y á su despecho  
 Me dicta ahora intrépida estas líneas .  
 Resistirlas podrá ? ¿ Quién á su impulso  
 No rinde el corazon ? Tú , Posidonio ,  
 Cual nadie , tú , la imperiosa fuerza  
 Conoces de su voz . Tú la seguiste ,  
 ; Con qué presteza (\*\*), ay Dios ! cuando bramaba  
 Mas fiero el monstruo , y de uno en otro clima  
 Cual lobo hambriento al mudo corderillo  
 A tu inocente amigo , iba arrastrando !  
 Detúvete su ceño ? su amenaza  
 Te intimidó ? ¿ Cediste , te humillaste ,

(\*) D. Carlos Posada , canónigo de Tarragona , condiscipulo , paisano y amigo intimo del Sr. Jovellanos .

(\*\*) Cuando fué desde Tarragona á Mallorca con el objeto de consolar á su amigo en la prision ; lo que consiguió entrando en ella disfrazado en hábito de religioso .

Ni al rumor , ni al aspecto del peligro ?  
 Y cuando todos , al terror doblados ,  
 Medrosos se escondian , tú , tú solo  
 ¿ No te mostraste firme , y á la furia  
 No presentaste intrépido la frente ?  
 Oh alma heroica ! oh noble , oh grande esfuerzo  
 De la amistad ! Podré olvidarte ? Oh ! ántes  
 Me olvide yo de mí , si te olvidare .  
 Nunca , nunca ; que en rasgos indelebles  
 De fuego está grabado en los escriños  
 De mi inocente corazon . Él sabe ,  
 Él solo sabe , cuánto de dulzura  
 Sobre mi alma derramó , cuán grata  
 Me es su memoria , y cuánto me consuela  
 En mi suerte infeliz . Infeliz ?.... cómo ?....  
 Acaso puede un inocente serlo ?  
 Con la virtud , con la inocencia ¿ puede  
 Morar el infortunio ? El justo cielo  
 No lo permite , caro Posidonio .  
 Él las sostiene , las conforta , y tiende ,  
 Para apoyarlas , pródigo su mano .  
 Lo sé ; lo siente y sin temor lo dice ,  
 Serena y pura , mi conciencia . Nada  
 La turba : ni voraz remordimiento ,  
 Ni del crimen la fea , adusta imágen ,  
 Ni ingratitud , ni deslealtad , ni alguno  
 De los verdugos de las almas viles  
 Sus senos agitó . Contra esta blanda  
 Consoladora voz ¿ qué puede el ronco  
 Rumor de la calumnia ? ¿ Qué la envidia ,  
 Aunque con sople venenoso incite  
 Las furias del poder , su fragua encienda ,  
 Y sus rayos invoque en mi ruina ?  
 Yo en tanto escucho intrépido su aullido .



¿Qué me puede robar? dí, Posidonio.  
 La libertad? No, no, que no le es dado  
 Hasta el alma llegar donde se anida,  
 Y ahorrarla no puede. Ni esta pura  
 Emanación de la divina esencia,  
 Este sutil y celestial aliento  
 Que nos anima y nos eleva, puede  
 Ser cerrado entre muros, y con hierros  
 Encadenado ni oprimido. Mira  
 Cómo cruzando los vecinos mares,  
 Se lanza hora hácia ti, te abraza, y busca  
 Conhorte y paz en tu amigable pecho;  
 Y, oh! cuál los busca, cierto de encontrarlos!  
 De ti partido, á los amados lares  
 Que me vieron nacer, rápido vuela;  
 Besa el virtuoso umbral, se postra humilde  
 Ante las santas sombras que le guardan,  
 Y con piadosas lágrimas le riega.  
 Oh sombra ilustre de Paulino (\*)! ¡cuánto  
 De amargura y rubor te ahorró la muerte!  
 Libre está, sí... Del globo las regiones  
 ¿No puede en torno recorrer; absorto  
 Ver cuál la vida y la abundancia llenan  
 Sus vastos climas; los remotos mares  
 Surcar veloz; tocar entrambos polos,  
 Y á las esferas altas remontarse?  
 Y no mas? Mira cuál, atravesando  
 Los campos de la luz, sobre las lunas  
 De Herschel se encumbra; rápido las puertas  
 Eternales penetra, y á los coros  
 Querúbicos unido, allí extasiado

(\*) D. Francisco de Paula, su hermano, capitán de navío, que  
 había muerto pocos años ántes.

Su patria encuentra, y su Hacedor adora.  
 Es esto esclavitud? No, Posidonio.  
 Por mas que esta porción de polvo y muerte  
 Yaga en austera reclusion sumida,  
 Libre será quien al eterno alcázar  
 Puede subir; al Protector, al Padre  
 De la inocencia y de la vida absorto  
 Y postrado adorar; ver cómo el rayo  
 Arde en su mano omnipotente, y cómo  
 Contra la iniquidad alzado, llena  
 De espanto á la calumnia... Mas ¿si en tanto  
 Mancha este monstruo con su voz mi fama?...  
 ¿Si esta segunda y mas preciosa vida  
 Del hombre.... Ay! Posidonio; de tu amigo  
 Ve aquí el mayor, el mas voraz tormento.  
 Mas qué es la fama? quién la da y mantiene?  
 ¿No es el supremo Árbitro del mundo  
 Su fiel dispensador? Suyo es, no nuestro,  
 Tan estimable bien. Próvido y justo  
 Le da á quien fiel por merecerle lucha.  
 La inocencia le alcanza, con su egide  
 La virtud le defiende, y el que sabe  
 Respetarlas y amarlas, le conserva.  
 ¿Le perderá quien nunca holló los santos  
 Fueros de la verdad? ¿Quien obediente  
 A su voz, al error y á la ignorancia  
 Pertinaz persiguió? Tú, Posidonio,  
 Lo sabes; tú, testigo y compañero  
 De mi vida interior, de mis designios,  
 Viajes, estudios, y tal vez en ellos  
 Auxilio y consultor.... Oh! ¡cuánto ahora  
 De esta feliz seguridad la idea  
 Es á mi corazón dulce y sabrosa!  
 Sí, tú lo sabes; sabes que mis días,



Partidos siempre entre Minerva y Témis,  
 Corrieron inocentes, consagrados  
 Siempre al públicò bien. Sabes que en ellos  
 Sumiso y fiel la Religión augusta  
 De nuestros padres y su culto santo  
 Sin ficcion profesé : que fuí patrono  
 De la verdad y la virtud, y azote  
 De la mentira, del error y el vicio :  
 Que fuí de la justicia y de las leyes  
 Apoyo y defensor, leal y constante  
 En la amistad, sensible y compasivo  
 A los ajenos males, de la pura  
 Y cándida niñez padre, maestro,  
 Zeloso institutor; y de la patria,  
 Oh cara patria ! de tu bien, tu gloria  
 Constante y ciego promotor y amigo.  
 Dí, son otros mis crímenes? El alto  
 Testimonio que grita en mi conciencia...  
 Qué digo? Oh Posidonio, el de la tuya,  
 El de todos los buenos, la voz misma,  
 Esta voz fuerte y vigorosa, que oye  
 La envidia con terror, la voz del pueblo,  
 La pública opinion, ¿ qué otros me imputa?...  
 Mas por ventura sueño?... ¿ Es el orgullo  
 El que adulando mi razon, la engaña  
 Con la grata ilusion, ó es la voz pura  
 De la inocencia? Ella es, oh Posidonio;  
 Que el delito es cobarde. Sí; ella sola  
 Valor dar pudo á un corazon que firme  
 Desconoce el temor, que fiel al cielo,  
 A la patria, al honor, adora humilde  
 La Providencia altísima; que sufre  
 Del infortunio el peso, y resignado  
 Sabe esperar impávido su suerte.

Ah ! si el destino de rubor y angustia  
 Tal peso carga sobre mí ; si tantos  
 Bienes me roba y de tan caras prendas  
 (Oh dulces prendas, por mi mal perdidas !)  
 Me priva injusto, y rígido me aleja ;  
 Si en fin las heces del amargo cáliz  
 Me hace tragar ; mi alma, oh Posidonio,  
 Ser herida podrá, mas no doblada.  
 ¿ No ves siempre indefenso, empero nunca  
 Rendido al fiero embate de las olas,  
 Inmoble estar el risco de Antromero (1),  
 Cual castillo roquero á los doblados  
 Ataques de rabiosos enemigos?  
 Así ella inmoble esperará sus golpes.  
 Lloro (es verdad, negártelo no debo),  
 Lloro la ausencia de mi triste patria,  
 De mis caros penates, de mis pocos  
 Fieles amigos, y de todo cuanto  
 Mi corazon amaba, y reunido,  
 Colmo era de mi gloria y mi ventura...  
 Entre tantos un alto, un digno objeto  
 Ay ! cada instante su llorosa imágen  
 A mis ojos envía, y las paredes  
 De esta medrosa soledad conturba.  
 Tú adivinas cuál es : tú, amigo, sabes  
 El generoso afan con que mi mano  
 Allá, donde el paterno Píles (2) corre  
 A morir entre arenas, una hermosa  
 Viña plantó, que consagró á Sofía (3).  
 A su sombra creció por siete abriles ;

(1) Arrecife de la costa del Océano, entre Candas y Luanco.

(2) El rio Píles; le llama *paterno*, por estar inmediato á Jijon, en donde nació.

(3) El Real Instituto asturiano.



Mostró su esquilmo, y ya de la comarca  
 Era delicia y gloria... y lo era mía:  
 Oh! ¡cuál sus tiernos vástagos tendía  
 Por el amado suelo! ¡Cuán lozanos  
 Sus pámpanos frondosos de frescura  
 Y verdor la cubrían! Tú admiraste  
 Sus sazonados y tempranos frutos,  
 Ó Posidonio, y con ardiente zelo  
 Tu voz dió aliento y vida á su cultivo.  
 Ah! cuán otra es su suerte! Combatida  
 De un violento huracan, toda su gala  
 Yace agostada por el suelo al soplo  
 Del viento asolador. Aportilladas  
 Sus altas cercas, secos de su riego  
 Los copiosos raudales, ahuyentados  
 Ó medrosos sus fieles viñadores,  
 Llena está ya de espinas y de abrojos  
 Que á próxima ruina la condenan;  
 Mientras cautivo el mayoral no puede  
 Salvarla, ni correr á su socorro...  
 Ay! ya no verán mas sus tristes ojos  
 Tan preciada heredad. Ni ella su influjo  
 Recibirá ya mas: tal vez los tuyos,  
 Posidonio, sobre ella detenidos,  
 Su antigua gloria buscarán en vano,  
 Y con piadosas lágrimas un día  
 Honrarán mi memoria... Ah! ¡si la vieres  
 Desamparada y yerma, huye, y maldice  
 El cruel astro que influyendo adverso,  
 Su ruina decretó! Huye, sí, huye,  
 Y allá, dó su raudal tan ingenioso  
 Derrama Saltarúa (\*), esconde y mezcla

(\* ) Fuente muy celebrada de Candas. Llama á su agua *ingeniosa*,

Tu llanto en su corriente cristalina,  
 Y este prez da á su nombre y mi memoria...  
 Mas no: sin duda suerte mas propicia  
 Se guarda á la virtud. De su alto asiento  
 Me lo anuncia el gran Ser. «Sufre, me dice,  
 «Y espera. De los míseros mortales  
 «Las suertes todas son en mi albedrío.  
 «Está en mi mano la balanza, y solo  
 «Puedo yo dar á la inocencia el triunfo,  
 «Y bendecir y eternizar sus obras.»  
 He aquí mi apoyo y mi esperanza, amigo:  
 Confiado en él, ni temo, ni resisto  
 De la suerte el rigor. Sufro, y espero  
 Sin susto y sin afan.... Tal vez un día

A vernos volverá, gozosa entónces,  
 La triste Jijia (\*) unidos y felices.  
 Tal vez las copas de los tiernos chopos  
 Con que la ornó mi mano, y que ya el tiempo  
 Alzó á las nubes, cubrirán á entrambos  
 Con su filial y reverente sombra.  
 Juntos tal vez sus playas resonantes  
 Tornaremos á ver; aquellas playas  
 Pisadas tantas veces de consuno,  
 Mientras el sol buscaba otro hemisferio,  
 Y el mar Cantabro con alternas ondas  
 Besar solia las amigas huellas.  
 Ah! si nos diese el cielo tal ventura,  
 ¡Cuánto dulces serán nuestros abrazos!  
 Ah! cuánto nuestras pláticas sabrosas!

porque se cree que forma los ingenios de aquella villa, y por eso se canta en la comarca:

La Fuente de Saltarúa  
 Hace la gente aguda.

(\* ) Jijon.



¡ Cuál cantaremos , de zozobra exentos ,  
 De la pasada tempestad la furia  
 Y el horrendo peligro , mientras alegres  
 Y asegurados en el puerto damos  
 Al ocio blando las veloces horas !  
 Cúmplase , oh Dios , tan plácida esperanza !  
 Empero , si tal bien del justo cielo  
 Los decretos me niegan ; si mas alta  
 Retribucion á mi inocencia guardan ;  
 Brame la envidia , y sobre mí desplome  
 Fiero el poder las bóvedas celestes ;  
 Que el alto estruendo de la horrenda ruina  
 Escuchará impertérrita mi alma.

Digo lo mismo que de la anterior. No se puede mejorar : sobre todo , cuando uno considera que ambas y la que sigue , se escribieron en una prision , no puede ménos de admirar la fortaleza del autor , fortaleza que tanto le honra y recomienda. Y digo tambien lo mismo respecto de algunos descuidillos que la severa crítica pudiera notar. ¿ Quién se detendrá á mencionarlos , cuando el todo es tan admirable ? En estas tres epístolas tienen los jóvenes modelos acabados , y una prueba de que no son las letrillas y los romances las composiciones que aseguran la inmortalidad á los poetas , sino las que se versan sobre asuntos elevados , filosóficos y doctrinales. Yo , por mí , quisiera mas ser autor de las dos sátiras de Jovellanos y de las tres epístolas que escribió en sus últimos años , que de todas las poesías amatorias y pastoriles de Melendez. Por mas que se ensalzen estos juguetes , nunca pasarán de canoras bagatelas.

## OTRA AL MISMO.

« El hombre que morada un punto solo  
 « Hiciere en la ciudad , maldito sea. »  
 Así la Musa de Leon un dia  
 Cantó , al profano Tíbulo imitando.  
 ¿ Dirás tú , *amen* , ó Carlos , á tan dura,  
 Impía maldicion ? Ah ! no , cuitado ;  
 No puedes , ya que obligacion severa  
 Te hizo del campo con veloz galope  
 Volver á la ciudad , y mal tu grado,  
 Te alejó de la gran naturaleza.  
 A la antigua ciudad volviste , y hora  
 Vas confundido entre su necia turba ,  
 Triste cruzando las hediondas calles ,  
 Dó el viejo muro y nuevos techos niegan  
 Entrada al sol y libre paso al viento ;  
 Y donde el lujo deshonesto excita  
 Pena en tu corazon , riesgo en tus ojos.  
 Ó bien huyendo del bullicio insano ,  
 Te aprisionas aun mas , y á voluntaria  
 Soledad en tu casa te condenas ,  
 Y allí diciendo triste á Dios al campo ,  
 Te sepultas en ella (\*). Oh ! cuánto pierdes !  
 Que ya no mas recrearán tu alma  
 Ni de la aurora el rosicler dorado ,  
 Cuando al oriente asoma , ni el brillante  
 Dosel que de encendidos arboles  
 Retoca el sol para hermohear su lecho.  
 No gozarás ya allí del claro cielo  
 La vasta , augusta escena ; ni en tu oido

(\* ) La edicion de Madrid dice con él. EL EDITOR.



Sonarán las canoras avecillas ,  
 Si ya no alguna , como tú , enjaulada  
 Por su perdida libertad suspira.  
 La pompa vegetal tendida al viento  
 En árboles frondosos , ó en mil flores  
 Y plantas ricamente derramada  
 Por los abiertos campos y colinas ,  
 No mas verán con éxtasis tus ojos.  
 Oh ! ; cuánto ménos echarán ahora  
 El rico esmalte de los verdes prados ,  
 Dó con incierto giro serpentea  
 El arroyuelo que del monte cae  
 Sonando , y de su márgen tortuosa  
 Las tiernas camamilas salpicando !  
 ; Cuánto su aspecto , y cuánto su frescura  
 Refrigeraba tus cansados miembros !  
 Qué bien clamó Leon ! Oh necio ! oh necio ,  
 El que de tantos bienes y delicias  
 Voluntario se aleja ; y aquel triste  
 A quien los niega mísero destino !...  
 Pero qué digo ? ; Al hombre pueden solo  
 Recrear los sentidos ? ; Por ventura  
 Verá en ellos el único instrumento  
 De su felicidad ; ó podrá iluso  
 Colocarlo en sus ojos y su vientre ?  
 Oh blasfemia de Tíbulo , ó descuido  
 De la Musa del Darro (\*), profanada  
 Al repetirla en su sagrada lira !  
 Carlos, guarte , no hagas en la tuya  
 Tal injuria á tu ser. Pues qué ? en tu pecho  
 ¿ No hay un sentido superior que anima

(\*) Equivocacion del autor. Fray Luis de Leon nació en Belmonte, no en Granada.

Cuanto en su imperio la natura ostenta ?  
 Su riqueza magnífica , sus gracias ,  
 Para el bruto ¿ qué son ? Nada sin vida :  
 Que él pace y bebe estúpido , y vagando  
 Huella las flores , el arroyo enturbia ,  
 Y ni ama el campo , ni á los cielos mira.  
 No así tú , Carlos ; tu razon , imágen  
 De la divina inteligencia , y ese  
 Espíritu sublime que á una ojeada  
 Cielos , tierra y abismos ve , no esclavo  
 Se hará de sus esclavos , ni á ellos solos  
 Felicidad demandará. Más noble ,  
 Más encumbrado objeto va buscando ,  
 De su destino y alto ser mas digno.  
 Por él suspira de continuo , y vuela  
 Sin descanso ni paz hasta encontrarle.  
 De vista le perdió ? desconoció ?  
 ¿ Se lanzó acaso , descarriado y ciego ,  
 En pos de alguno , de su alteza indigno ?  
 Pues todavía huyendo de él le busca ,  
 Y en él tan solo puede hallar reposo.  
 Oh alto , oh inmenso , oh sumo Bien ! Tú solo  
 Puedes saciar las almas que criaste !  
 Hácia ti vuelan , cuando van perdidas  
 En pos de las bellezas , que benigno  
 Criaste tú tambien. Pero ninguna  
 Hinche su corazon ; y de ti léjos ,  
 Nada le harta , todo le fastidia.  
 Oh divina virtud ! A ti fué dado ,  
 A ti sola , entrever de bien tan sumo  
 La sublime morada ! Tú , tú sola ,  
 En este vallé de amargura lleno  
 Puedes gustar con labio reverente  
 Alguna gota del raudal inmenso



De gozo y paz, que en torno de su alcázar  
 Corre perenne, y que en reposo eterno  
 A luengos tragos beberás un día!  
 ¡ Dichoso tú, dó quiera que morares,  
 Oh Carlos, si andas en la sola senda  
 Por dó seguro la virtud te guía  
 Hacia tan alto bien! ¿ Qué puede, dime,  
 Causar enojo al que fiel la sigue?  
 Tú lo conoces; tú, que en el bullicio  
 De la ciudad de Augusto, ó ya ejercitas  
 La santa caridad, suma y tesoro  
 De todas las virtudes, ó alejado  
 Del liviano rumor, días y noches  
 Entre el estudio y la oracion repartes,  
 Y en pios ó inocentes ejercicios  
 Santificas tu ocio. Y no presumas  
 Que tal consuelo á la virtud no alcance,  
 Cuando aherrojada está, víctima triste  
 De la calumnia y del poder: no, Carlos,  
 No; que su escudo de templado acero,  
 Tres veces doble, las agudas flechas  
 Rechaza, y ni le vence ni traspasa  
 Su venenosa punta. Sufre, es cierto;  
 Pero sufre tranquila. Ve el insano  
 Triunfo de la injusticia; ve el ultraje  
 De la inocencia desvalida, y sufre;  
 Mas, sufriendo, su mérito acrisola,  
 Su fuerza aumenta y su corona labra.  
 La ve, la espera y aun vencida vence.  
 Dúdaslo acaso? Dime, ¿ qué en su daño  
 Puede el rencor de un enemigo crudo?...  
 Encadenar su cuerpo?... Pero libre  
 ¿ No romperá su espíritu los fierros?  
 No volará por la sublime esfera?

¿ Y no columbrará de aquella altura,  
 Al traves de los muros transparentes  
 Del alcázar eterno, la corona  
 Que está allí á su paciencia preparada?  
 Y entónces, dí, ¿ no volverá á su cárcel  
 Con tan rica esperanza conhortado,  
 Y el alma henchida en celestial consuelo?  
 Oh! cómo entónces del destino triunfa!  
 Tal vez alegre al olvidado plectro  
 La mano alargará, y en dulce raptó,  
 Al son de las cadenas acordándole,  
 Ensayará sobre sus cuerdas de oro  
 Liras á la amistad, himnos al cielo....  
 Y si la tierna compasion, rompiendo  
 Los pechos de diamante, ay Dios! abriese  
 La hermosa luz del éter á sus ojos  
 Y el verdor de los campos, ¡ cuánto, oh! cuánto  
 Dulce placer rebosará en su pecho!  
 Entónces sí que de naturaleza  
 Gozará el espectáculo, subiendo  
 Desde él á contemplar el sumo Artífice,  
 Que con benigna omnipotente mano  
 Tantas lumbreras encendió en el cielo,  
 Para aumentar su gloria, y en la tierra  
 Tanta belleza y tantos ricos dones  
 En bien del hombre derramó piadoso.  
 Ah! ¡ desdichado el que á tan alta dicha  
 Y inefable consuelo abrir no puede  
 Su duro corazon, y no conoce  
 Que no hay desdicha en la virtud, y solo  
 La virtud santa puede hacer dichosos!

Nada tengo que añadir á lo dicho respecto de  
 la primera. Esta segunda es mas breve, y en ella



se repiten algunas ideas; pero está escrita con la misma facilidad y la misma unción, aunque en tono mas templado; y los versos, salvo algun descuido, son llenos y sonoros.

## OTRA ODA EN SÁFICOS.

JOVINO A PONCIO (\*).

Dejas, ó Poncio, la ociosa Mantua,  
Y de sus Musas separado corres  
A dó las torres de Cipion descuellan  
Sobre las ondas:

Sobre las ondas que la grande armada  
Mecen humildes del Monarca hispano,  
A cuya mano tímido Neptuno

Cedió el tridente.

Oh! cuánta noble juventud te espera!  
Oh! ¡ cómo hierve y animosa explaya  
Sobre la playa su valor, de triunfos

Impaciente!

Sube las altas naos presurosa,  
Y por el ancho piélago cruzando,  
Irá bramando cual leon que hambriento

Busca su presa.

Tiembla á su vista pálida y se esconde  
Despavorida la feroz Quimera,  
Que la bandera tricolor impía

Sigue proterva.

Caerá rendida y con horrible estruendo  
En el profundo Báratro lanzada,  
Será herrojada por las negras furias

(\*) Don José Vargas Ponce, á quien la dirigió estando para embarcarse en Cartagena, cuando se declaró la guerra á la republica francesa.

De sus cavernas.

Y allí sus dogmas y cruentos ritos,  
Y allí sus leyes y moral nefanda,  
Y allí su infanda deleznable gloria

Serán sumidos.

Allí, de donde por desdicha fueran  
De la llorosa humanidad salidos,  
Serán hundidos con espanto, y dados

A olvido eterno.

¡ Guay de ti, triste nacion, que el velo  
De la inocencia y la verdad rasgaste,  
Cuando violaste los sagrados fueros

De la justicia!

¡ Guay de ti, loca nacion, que al cielo  
Con tan horrendo escándalo afligiste,  
Cuando tendiste la sangrienta mano

Contra el ungido (\*)!

Firmó su santa cólera el decreto,  
Que la venganza confió á la España,  
Y ya su saña corre el golfo, armada

Del rayo y trueno.

Lidiará Poncio dó la roja insignia  
Se diere al viento por la empresa santa,  
Dó la almiranta desparciere en torno

Ruina y espanto.

Lidiará empero de Minerva al lado:  
Que ella su brazo y asistencia pide,  
Y ella su egide tenderá piadosa

Para cubrirle.

Cúbrele, oh diva! la naval corona  
Ciñe á su frente, y tu graciosa oliva  
Envía, oh diva, por la amiga mano

Del caro Poncio.

(\*) Luis XVI.



Guárdale, oh diva! para culto y gloria  
De tus altares y delicia mía;  
Guárdale pia, y á mis tiernos brazos  
Vuélvele salvo.

Tiene el gracioso artificio de que la final del verso segundo hace consonancia con el primer hemistiquio del tercero; pero en lo demas, no ofrece materia para un particular elogio. Baste decir que es buena.

OTRA A UN AMIGO SUYO,  
EN UN INFORTUNIO.

Nada por siempre dura:  
Sucedo el bien al mal, al blanco día  
Sigue la noche oscura,  
Y el llanto y la alegría  
En un vaso nos da la suerte impía.  
Vuelve el árbol sus flores  
Para el otoño en frutos, ya temblando  
Del cierzo los rigores,  
Que inclemente, volando,  
Vendrá tristeza y luto derramando.  
Y desnuda y helada  
Aun su cima los ojos desalienta,  
La hoja en torno sembrada,  
Cuando el invierno ahuyenta  
Abril, y nuevas galas le presenta.  
Sale el sol con su pura  
Llama á dar vida y fecundar el suelo;  
Pero al punto la oscura  
Tempestad cubre el cielo,  
Y de su luz nos priva y su consuelo.

¿Qué día, el mas clemente,  
Resplandeció sin nube? ¿Quién contarse  
Feliz eternamente  
Pudo? ¿Quién angustiarse  
En perenne dolor, sin consolarse?

Todo se vuelve y muda:  
Si hoy los bienes me roba, si tropieza  
En mí la suerte cruda,  
Las Musas su riqueza  
Sabén guardar en la mayor pobreza.

Los bienes verdaderos,  
La salud, libertad y fé inocente,  
No los dan los dineros,  
Ni del metal luciente  
Siguen, Menalio, la fugaz corriente.

Fuera yo un César, fuera  
El opulento Creso, ¿acaso iria  
Mayor, si me midiera?  
Mi ánimo solo haria  
La pequeñez, ó la grandeza mia.

De mi débil gemido  
No, amigo, no serás importunado,  
Pues hoy yace abatido  
Lo que ayer fué encumbrado,  
Y á alzarse torna para ser postrado.

Huye el astro del día  
Con la noche á otros climas; mas la aurora  
Nos vuelve su alegría,  
Y fortuna en un hora  
Corre á ensalzar al que abatido llora.

Si me es esquivo el hado,  
Mañana favorable podrá serme;  
Y pues no me ha robado  
Tu pecho, ni ofenderme